



4. CAPITULO 1

4.1. Antecedentes de las investigaciones regionales más relevantes sobre arte rupestre en Argentina

A continuación haremos una reseña de las investigaciones regionales sobre arte rupestre más notorias en el ámbito de la Republica Argentina, según la caracterización en Patagonia, Noroeste, Sierras Centrales y sur de la Sierra de Comechingones. Sobre el final del acápite, realizaremos una síntesis de la información arqueológica más destacada en el área que trabajamos.

4.1.1. Región Patagonia

Este trabajo, que procura avanzar en problemas de estudio del arte rupestre, está precedido por investigaciones realizadas en distintas regiones arqueológicas de Argentina.

Las investigaciones sobre arte rupestre más relevantes en la región arqueológica de Patagonia señalan que, el sitio Los Toldos, inaugura el *estilo de manos en negativo*, modalidad que se hará predominante en Patagonia y tendrá su máxima expresión en el Río Pinturas entre el 9400 y

el 6000 AP. Se encuentra allí el arte rupestre más antiguo de la región (Shobinger 1988: 212). En cuanto a las modalidades de su realización, las pinturas de *manos en negativo* de Patagonia se asocian a trazos geométricos como puntos, líneas quebradas, etc. Se extienden desde el Río Chico de Gallegos hasta el Lago Musters. Los colores utilizados fueron el rojo, el negro, amarillo y blanco, expresando escenas características del modo de vida cazador.

Las primeras referencias del arte rupestre del Rio Pinturas las dio el Perito Francisco Pascasio Moreno, en 1876. Osvaldo Menghin fue el primero en establecer estilos para las pinturas rupestres de Patagonia en la década de 1950. En su trabajo *Estilos del arte rupestre de Patagonia*, publicado por el Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, en 1957, diferenciaba siete estilos para el arte rupestre de la región: *estilo de negativos, estilo de escenas, estilo de pisadas, estilo de paralelas, estilo de grecas, estilo de miniaturas y estilo de símbolos complicados* (Menghin 1957: 57-82). A él le siguieron Carlos Gradín, Augusto Cardich, Rodolfo Casamiquela, Juan Shobinger y Carlos Aschero en los últimos años.

Las actuales referencias cronológicas de presencia humana en Patagonia dan 13000 AP, es decir, en el límite de la transición entre el Pleistoceno y el Holoceno (Podestá *et al* 2005a: 17). Las pinturas rupestres más antiguas registradas en el área, se encuentran en la Patagonia chilena, en sitios de 11560 a 10260 AP. En la provincia de Santa Cruz, los sitios más destacados se encuentran en el Cañadón del Rio Pinturas y dentro del Parque Nacional Perito Moreno, entre el rio Belgrano y el Lago Posadas. Las primeras referencias sobre las pinturas del sector las dio George Musters en 1881. Más tarde las menciono también Clemente Onelli, en 1904.

Los aleros, cuevas y farallones con arte rupestre del Rio Pinturas, conocidos por la Cueva de la Manos, fueron incluidos en la Lista del Patrimonio Mundial de UNESCO en 1999, a consecuencia del trabajo allí realizado por el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Los trabajos con interés científico se iniciaron en 1941 con el Padre Alberto de Agostini, explorador de Patagonia. Luego le seguiría Milcíades A. Vignati y, más tarde, Osvaldo Menghin, ya citado aquí. En la década de 1970 comenzaron los trabajos de Carlos Gradín que se extenderían por más de dos décadas. Será quien definirá los estilos y su secuencia en el arte rupestre de rio Pinturas. Junto a él trabajaron Ana María Aguerre y Carlos Aschero (Aguerre 1977, Gradín 1994, 1995, Aguerre y Gradin 2004). Carlos Gradín dio para el arte rupestre de Patagonia, una cronología según fechados obtenidos en sitios que le permitieron establecer la siguiente periodización:

- *toldense*: 10600 AC a 9000 AC; con pinturas de negativos de manos, signos naturalistas y escenas de caza de guanacos.
- *casapedrense*: 5300 AC; sobre conjuntos aislados de guanacos y negativos de manos.
- *casapedrense/toldense*: 3000 AC: con pinturas de biomorfos estilizados, geométricos y símbolos laberínticos.
- *patagoniense*: 0: con grabados curvilíneos, biomorfos, pisadas (de animales y humanos). Es el denominado *Estilo de pisadas*.
- *tehuelchense*: 700 DC: con pinturas geométricas ornamentales. *Estilo de grecas* (Shobinger 1988: 216).

Los datos más antiguos para río Pinturas remiten al año 9300 AP con grupos de cazadores de guanacos. Allí se encuentran las pinturas que Gradín denominó *arte testimonial*, con pinturas de manos y escenas de caza. Luego, en el sector del río Belgrano y Lago Posadas se hallan trece sitios con pinturas que representan escenas de caza en su mayoría. En la altiplanicie central de Santa Cruz se encuentran los aleros y cuevas de Los Toldos, Estancia La María, Estancia El Ceibo, La Evelina y Cerro Tres Tetas.

En Los Toldos, Augusto Cardich trabajó documentando catorce cuevas con arte rupestre. Antes las habían registrado Francisco de Aparicio y Joaquín Frenguelli, en 1933 y Osvaldo Menghin en 1951 y 1952. Con la información obtenida en las Cuevas 2 y 3 se pudieron ubicar temporalmente las pinturas, en fecha cercana al 8750 AP según fechados radiocarbónicos, que el autor estima pertenecientes al *tóldense* (Cardich 1977: 151-157). En ella destaca la diferenciación de colores empleados en las pinturas de negativos de manos, en relación al color del soporte y los contornos naturales de las manos.

A consecuencia de las investigaciones realizadas en sitios con arte rupestre durante la primera mitad del siglo XX, se llegó a la formulación de periodos siguiendo un orden cronológico: arte rupestre antiguo, *estilo de pisadas*, *estilo de grecas* (escalonado, cruciforme) y arte etnográfico, sobre el siglo XVI.

En la cuenca del río Pinturas y la altiplanicie central de Santa Cruz, para la etapa antigua, se encuentran pinturas rupestres referidas particularmente al *guanaco*, en escenas de caza, de reproducción y de cría, con un notable naturalismo en su diseño y variedad de expresiones

(Podestá *et al* 2005a: 23). También fueron dibujados el *choique* y el *felino*, este en menor cantidad, sin embargo sobresale notoriamente el diseño del guanaco, animal eje de la economía de subsistencia en Patagonia. Como en las pinturas rupestres del Noroeste argentino, la representación del felino suele estar asociada a grupos de camélidos ocupando el lugar del depredador más fuerte.

Las pinturas de manos característica del arte rupestre de Patagonia, realizadas en negativos y positivos, es uno de los diseños más antiguos en el arte rupestre del mundo. En el Santuario de las Manos, Gargas, en Francia, el fechado dio 30000 AP (Clot *et al* 1995). En la Cueva de las Manos, de Rio Pinturas, se registraron 860 motivos de los cuales 831 se corresponden a la mano izquierda y 31, a la derecha. A su vez, hay manos de adultos, jóvenes y niños, masculinas y femeninas. Los colores empleados fueron el negro, blanco, rojo, violáceo y amarillo (Podestá *et al* 2005a: 29). Junto a los diseños de manos se encuentran representadas pezuñas de guanaco y pies humanos; es el caso de Cueva Quemada (Gradín 1988).

Más tarde se reconocen en Patagonia pinturas de signo geométricos (círculos, tridígitos, espirales, rosetas, etc.) generalmente acompañando el diseño de biomorfos pocos reconocibles. Así, el arte rupestre se apartó del realismo de etapas anteriores, volviéndose de dificultoso reconocimiento, aunque no se abandonó el diseño de manos.

Producto de sus trabajos en sitios con arte rupestre de Patagonia, Carlos Gradín (1979) definió al estilo según *modalidades estilísticas* entendiendo que ellas están compuestas por conjuntos de pinturas o grabados que comparten determinados tipos de motivos artísticos, modos de

producción, técnicas de realización y temas. Cuando estas similitudes se hacen visibles en sitios y regiones, y perduran en el tiempo, la modalidad estilística se constituye (Podestá *et al* 2005a: 10). Así, por ejemplo, el *estilo de pisadas*, definido por Osvaldo Menghin, la segunda gran modalidad estilística posterior a los cazadores antiguos (Shobinger 1997: 255). Para Rodolfo Casamiquela el *estilo de pisadas* está asociado a ceremonias de pubertad femenina o mixta. Y el *estilo tardío*, con representaciones de *greclas* o *escalonadas* (Casamiquela 1981: 21-28).

El *estilo de pisadas* tuvo una expansión temporal de 2000 años. A él le siguió un tercer periodo estilístico de pinturas geométricas, correspondiente a cazadores tardíos o *estilo de greclas*. Allí se encuentran los trabajos de O. Menghin y R. Casamiquela; y en los últimos años, de C. Gradín, C. Aschero, M. Onetto y J. Fernández. Las pinturas geométricas patagónicas (puntos, trazos rectilíneos y curvilíneos, líneas quebradas, etc.) del último periodo, tuvieron gran expansión desde el extremo sur, en sitios chilenos como Palli Aike, hasta sitios de La Pampa, como Lihuel Calel o Chicalco; en Buenos Aires, en la Sierra de la Ventana; y en San Luis (Shobinger 1997: 257).

El principal tema del *estilo de pisadas* fue la representación de huellas de guanacos, ñandúes, felinos, manos y pies humanos utilizando la técnica del grabado. Fueron realizadas en aleros, paredones y grandes bloques, no así en cuevas, como el arte rupestre del periodo más antiguo de Patagonia. Su fechado es posible gracias al hallazgo de restos de rocas grabadas en sedimento excavado en los sitios (Podestá *at al* 2005a: 35). Entre los sitios más representativos se encuentran Cueva Visconti, en Rio Negro; Casa de

Piedra de Ortega, Cueva Epullán Grande y Epullán Chica, en Rio Limay, Neuquén. Todos ellos dieron fechados cercanos al 3000 AP.

Sobre el año 1000 de la era, los investigadores estiman que se generalizó el estilo de pinturas geométricas simples y complejas. Al tiempo que fueron desapareciendo las figuras de animales completos o representados en sus huellas. Se manifiesta así una nueva modalidad, el denominado *estilo de grecas* (Osvaldo Menghin), *tendencia abstracta geométrica compleja* (Carlos Gradín) u *arte ornamental* (Jorge Fernández). Un aspecto a destacar en esta modalidad, es la utilización de soportes fijos tanto como de objetos muebles (placas y hachas de piedra, objetos de cerámica).

Con la llegada de expedicionarios y exploradores a Patagonia, sobre el siglo XVI, comienzan a desaparecer las realizaciones de arte rupestre. La introducción y posterior expansión del uso del caballo entre las comunidades aborígenes, desestructuró su organización socio-económica y terminó por provocar cambios notables. Al igual que en el arte rupestre del Noroeste argentino y de Sierras Centrales, la figura del caballo fue plasmada en las rocas. Pedersen registro varios casos de sitios con pinturas de jinetes en el Lago Nahuel Huapi.

4.1.2. Región Noroeste

Para el arte rupestre sudamericano, los sitios de cazadores recolectores andinos, en la clasificación de Shobinger (1988), se ubican en un horizonte de puntas lanceoladas cuyo ejemplo, en Argentina, es Ayampitín, de 6500

AC. Se observa allí un estilo animalista con predominio de escenas de caza realizadas según criterios convencionalizados (Shobinger 1988: 249-250). Luego se presentan los sitios con arte rupestre correspondientes a paleocazadores atacameños (Tuina, San Lorenzo y sitios tempranos del borde oriental de la Puna). El área atacameña se destaca en cuanto a sus grabados y pinturas con sitios importantes como Taira, en el valle del río Loa (Chile) con escenas de auquénidos; y sitios de Arica, con representaciones de auquénidos y escenas de caza colectiva (estudiados por H. Niemeyer en 1972). Todos estos sitios obedecen al denominado conjunto de parcialidades cazadoras recolectoras andinas y subandinas del *complejo precerámico puneño del Holoceno* (Shobinger 1988: 282-283).

En general, el arte rupestre del Noroeste argentino, pertenece a culturas cuyas referencias cronológicas comienzan en el 600 AC, para los valles del extremo norte, y el 300 AC, en el resto de las regiones. Se los engloba en el *Periodo Agro-alfarero Temprano*, con una duración de 1000 años y desarrollo neolítico (*sensu* Podestá *et al* 2005b). A este le siguió el *Periodo Medio* cuya expresión más notable fue La Aguada, cultura desarrollada entre el 600 al 900 DC, con influencias altiplánicas en el momento expansivo de Tiahuanaco. Entre el 1000 al 1500 DC transcurrió el *Periodo Tardío* o de *Desarrollos Regionales*, con una incipiente urbanización como factor más destacado.

En el sector oeste de las provincias de Jujuy y Salta y en el extremo noroeste de la provincia de Catamarca, se hallan en abrigos rocosos y en cuevas, los sitios más antiguos con arte rupestre correspondientes a grupos de cazadores-recolectores (Podestá *et al* 2005b). Con fechados cercanos al 11000 AP, en el límite entre el Pleistoceno y el Holoceno, se

registran las primeras evidencias. El sitio más antiguo se encuentra en la Quebrada Inca Cueva, Jujuy. Allí, el sitio Inca Cueva-4 fue registrado por primera vez en 1908 por Eric Boman, como parte de una expedición de investigadores franceses.

En las últimas décadas, Carlos Aschero lo estudio exhaustivamente (Aschero 1979; Aschero y Podesta 1986; Aschero *et al* 1991). El sitio tuvo distintas denominaciones a través del tiempo hasta su actual nominación. Boman, en 1908, lo llamo Gruta de Chulín; Cigliano, en 1965, Inca Cueva; Fernández, en 1968, Gruta del Inca o Incacueva (Rolandi *et al* 2006: 99). En Inca Cueva se encuentra la mayor secuencia y profundidad histórica del arte rupestre de Noroeste.

Se pudieron establecer secuencias estilísticas entre Inca Cueva-4 e Inca Cueva-1, con una temporalidad extendida entre el 10000 AP y el siglo XVI. El arte rupestre consiste en diseños abstractos geométricos, rectilíneos y reticulados. En excavación se obtuvieron muestras de pigmentos cuyos fechados dieron 8500 a 7200 AC (Aschero 1999: 100). Algo a destacar es la perduración en el tiempo de los diseños geométricos. El sitio Inca Cueva-1 evidencia distintos momentos en la realización de las pinturas, con variación en la morfología de los diseños y en el uso del espacio.

La cronología indica cambios en el arte rupestre de Noroeste para el 500 AC, durante el *Periodo Formativo o Agro-Alfarero Temprano*. La diversidad de motivos y temas aparecen como nuevos aspectos. Los sitios más antiguos se hallan también en Inca Cueva (Podestá *et al* 2005b: 28).

Es llamativa la diversidad en el diseño de la figura humana para la etapa del *Formativo* en Antofagasta de la Sierra y Laguna Blanca. Los motivos de arte rupestre del periodo presentan, además, una notable

similitud con las figuras hechas en la cerámica, metalurgia, hueso y piedra del mismo momento. Lo cual ha permitido a los investigadores establecer conexiones con las culturas Ciénaga, Condorhuasi, Alamito, Tafí para distintos ámbitos del arte rupestre de noroeste.

En la década de 1960, Alberto Rex González definía la cultura La Aguada, a partir de sitios del Valle de Ambato, para el 200 AC. La Aguada se extendería también sobre el valle de Hualfín, el sector sur-oriental de la Sierra de Ancasti, en Catamarca, y norte de la provincia de La Rioja. Es una expresión cultural identificada con la decoración cerámica, básicamente, y un repertorio iconográfico específico con fuerte referencia mágico-religiosa, figurativa y simbólica (Gordillo *et al* 2000, Kusch 2000). La representación del felino fue su clave.

El mayor desarrollo de La Aguada se dio durante el *Periodo Medio*, entre el 500 al 900 DC, expandiéndose a los Valles Calchaquíes, en la provincia de Salta, y a la altiplanicie puneña, Antofagasta de la Sierra, provincia de Jujuy. Una de las principales características de su arte rupestre es el haber sido elaborado en ambientes rituales y en base al consumo de sustancias psicoactivas para el culto.

Nicolás de la Fuente y Arrigoni (1975) fueron los primeros en dar referencias del arte rupestre de La Aguada. Luego, A.R. González, en 1977, trabajó en cuevas y aleros de la Sierra de Ancasti, en el denominado conjunto La Tunita que reproduce parte del repertorio temático de La Aguada. Se hallan allí figuras humanas, felinos con tocados y objetos en las manos, figuras humanas enmascaradas con rasgos felínicos (Podestá *et al* 2005b: 32-33). También se realizaron diseños en escenas de danzas rituales, ejemplo de ello es el sitio La Candelaria.

En todos ellos, el arte rupestre presenta los motivos básicos de la iconografía de La Aguada. Se pueden encontrar allí figuras humanas muy estilizadas; cabezas antropomorfas, con o sin adornos; felinos, entre los más comunes; figuras zoomorfas con atributos; camélidos; ofidios (Gordillo *et al* 2000). Si bien no se observan paralelismos entre la cerámica y el arte rupestre, particularmente en orden a la distribución regional, si son notables las recurrencias temáticas y de motivos realizados.

La expansión del arte rupestre de La Aguada llegó más allá de su centro de desarrollo. Hay referencias en sitios de La Rioja, Rincón del Toro (*sensu* Callegari 2001) y en Antofagasta de la Sierra, en el sitio Punta del Pueblo, Laguna Blanca y en Potrerito 1 (*sensu* Aschero 1999, 2000).

Finalmente, entre los siglos X y XV DC transcurrió en el Noroeste el *Periodo de Desarrollos Regionales*, con epicentro en Tastil, Calchaquí, Yocavil, Belén, Tilcara, Humahuaca, Casabindo y Yavi. Todos ellos con evidencias de crecimiento demográfico, trabajos agrícolas y ganaderos, y concentración de la vida en espacios urbanos (Tarragó *et al* 1999: 259).

La variedad que presentaba el arte rupestre del *Periodo Formativo*, se transformó en una notable generalización de temas y diseños (*sensu* Podestá *et al* 2005: 35). Fue un momento de mucha interacción e intercambio entre las sociedades norteñas. Esta comunicación quedó plasmada en la repetición de motivos en el arte rupestre de la época.

Lo más característico de esta economía de pastoreo de animales fue el *caravaneo* de llamas. En un circuito que cubría el norte de Argentina, norte de Chile y suroeste de Bolivia. Así lo señalan autores como Núñez (1976) y Aschero (1999): el tráfico de caravanas en el área, quedó testimoniado en el arte rupestre del sector que lo tiene como principal tema. Se representaron

allí figuras de llamas, con o sin carga, unidas por cordeles, de caravaneros con *uncu* o camisa, con todos sus atuendos y adornos completos.

Para el área circumpuneña, Aschero reconoce distintos contenidos en las representaciones rupestres del sector para el *Periodo de Desarrollos Regionales*, en base a sitios ubicados en Azul Pampa y Antofagasta de la Sierra (Aschero 2000: 37-39). En ellos se destaca como tema la tropa de camélidos, alineados o cautivos.

En el área cuyana, por lo general el arte rupestre del *Periodo Temprano* se corresponde a petroglifos (Shobinger 1997). En el sector meridional, en las provincias de San Juan y Mendoza, se hallan pinturas correspondientes a grupos agrícolas de la cultura Ansilta. En un conjunto de grutas de Los Morrillos de Ansilta, sitio del Agro-alfarero Temprano, se encuentran diseños abstractos en negro y rojo (*sensu* Gambier 1980, 1995, Barcena 2001). La Cultura de Ansilta se corresponde a pequeños grupos con agricultura incipiente del SW de la provincia de San Juan (Gambier 1980, 1995). Serían grupos cazadores recolectores del acerámico final, con economía de camélidos, réhidos y otros animales menores, hacia el 500 AC.

Fuera de este caso, en el resto del sector cuyano hay petroglifos ubicados cronológicamente entre los siglos II y XV.

La realización de arte rupestre en territorio argentino se registra hasta la llegada de los conquistadores españoles. Los ejemplos son Inca Cueva y sitios de la Quebrada de Humahuaca, en el Noroeste, y Cerro Colorado en Sierras Centrales, donde se encuentran dibujos de hombres a caballo y con lanzas. Sobre el siglo XVI, con el proceso colonizador y de conquista del territorio por los españoles, comienzan a desaparecer las prácticas de

realización de arte rupestre junto a la desarticulación de las comunidades aborígenes.

4.1.3. Región Sierras Centrales y Sur de la Sierra de Comechingones

La región arqueológica de Sierras Centrales incluye las sierras del norte de Córdoba, Sierras de San Luis y Sierras de Comechingones, por el sur (Berberían *et al* 2001). Siguiendo una orientación en dirección Norte-Sur, abarcan las provincias de Córdoba y San Luis. Su punto más elevado es el Cerro Champaquí, con 2790 msnm, en el cordón de las Sierras Grandes; se reconocen también las Sierras Chicas, con alturas máximas de 1000 msnm y de 800 msnm por el sur, en el tramo de las Sierras de Comechingones. Finalmente, las Sierras Occidentales, al Oeste de las Sierras Grandes.

Allí se encuentran motivos rupestres pintados en aleros y paredones rocosos con figuras de guanacos y avestruces, felinos y geométricas diversas (Shobinger 1997: 243).

La región central, en las provincias de Córdoba y San Luis, estuvieron pobladas por sociedades indígenas hasta la llegada al territorio de los conquistadores españoles en el siglo XVI. Comechingones y Sanavirones, denominaciones etnográficas de las sociedades aborígenes que habitaban la región a la llegada de los conquistadores (*sensu* Raffino 2005), pueblos sin escritura se volvieron referentes de las naciones autóctonas del momento y las precedentes, de las que se desconoce toda forma de

denominación; solo quedan de ellas restos de su cultura material. La diversidad será su sello expresado en las pinturas rupestres y sus notables diferencias entre los sitios hallados en el área (Raffino 2005: 5-6).

Los sitios arqueológicos ubicados en el territorio provincial, cuentan con numerosas expresiones de arte rupestre en las paredes de sus aleros rocosos. En un trabajo descriptivo de las pinturas rupestres de Córdoba, Berberían y Nielsen (1984) comparan motivos según grupos de semejanzas y diferencias, analizando la bibliografía al respecto junto a trabajos de campo y registro de sitios.

Los autores señalan que, entre quienes trabajaron y registraron sitios con pinturas rupestres y grabados en la provincia de Córdoba, se encuentran (*sensu* Berberían y Nielsen 1984): Leopoldo Lugones, en 1903; José Imbelloni, en 1922; José Frenguelli, en 1927; C. Ricci, en 1928; J. Olsacher, en 1931; Y. Lauri, en 1946; L. Dutari, en 1952; M. Pérez Ares, en 1967. Todos ellos con trabajos en publicaciones periódicas de interés general (Berberían y Nielsen 1984: 17).

Entre los trabajos científicos se encuentran: Hebe Dina Gay, en 1958; M. Vignati, en 1939; G.A.Gardner, en 1925, 1930 y 1931; Alberto Rex González, en 1940, 1963, 1980; Antonio Serrano, en 1945; M.H. Raggio, en 1979; Eduardo Berberían y Axel Nielsen, en 1984; Ana María Rocchietti, 1991, 2003, 2009; Andrea Recalde, 2005; María Laura Gili, 1999, 2001.

Las primeras referencias sobre sitios con arte rupestre en la provincia de Córdoba la dieron Brackebusch, en 1875, y L. Lugones, en 1903, sobre pinturas en Cerro Intihuasi, Departamento de Río Cuarto y en Cerro Colorado, norte de Córdoba (*sensu* Serrano 1945: 124). La obra más importante para Cerro Colorado, fue la publicación de G.A. Gardner

(1931) *Rock paintings of north-west Córdoba*, en Oxford. Allí el autor analiza las pinturas de los sitios de Cerro Colorado según la técnica de ejecución y los estilos de realización de los diseños, procurando avanzar sobre posibles significados de los mismos.

En 1984, una publicación de Berberían y Nielsen (1984) presentaba un mapeo de la distribución geográfica de los sitios con arte rupestre de la provincia. Los sitios trabajados fueron (*sensu* Berberían y Nielsen 1984, 2001): Máscaras, en el departamento Sobremonte; Cerro Puntudo, en el departamento Sobremonte; Cerro Colorado, en el departamento Sobremonte, departamento Tulumba y departamento Río Seco (Aquí los sitios son: Casa del Sol, Veladero, Colorado, Desmonte); La Aguada, departamento Tulumba; La Playa, departamento Minas; Intihuasi, departamento Río Cuarto, Pedanía Achiras; Casa Pintada, departamento Río Cuarto, Pedanía San Bartolomé; La Playa, departamento Punilla; Suana, departamento Tulumba; Copacabana, departamento Ischilín; Cerro San José o Casa de los Negros, departamento San Alberto; La Higuera, al SE de la localidad de Soto; y Agua de la Pilona, departamento Cruz del Eje (Berberían y Nielsen 1984: 20-22).

En el caso de Cerro Intihuasi, Córdoba, cabe aclarar que los autores trabajaron con los sitios publicados por Hebe D. Gay, desconociendo la totalidad de sitios con pinturas rupestres de la localidad arqueológica que aquí estudiamos.

Se destacan, para el conjunto del arte rupestre de la provincia, dos grupos: diseños españoles a caballo; escenas de animales en manadas (*sensu* Berberían y Nielsen 1984). Se indica así, un momento histórico y una forma de economía. Las figuras abstractas, redondeadas o circulares

son las más reiteradas y semejantes en todos los sitios. Se marca cierta semejanza en la realización de los motivos abstractos de los sitios La Aguada y Cerro Colorado; así como entre Cerro Colorado e Intihuasi. Intihuasi, por su parte, se aleja del conjunto de los sitios en el dibujo de la figura humana.

Los autores sugieren que las pinturas fueron realizadas entre el 1000 DC y la conquista europea, aproximadamente, por fechados radiocarbónicos en algunos de los sitios presentados y por la referencia a jinetes en las pinturas rupestres de Cerro Colorado. Por otra parte, en la comparación entre los motivos de los distintos sitios se establecen dos grandes grupos con particularidades semejantes:

- Máscaras, Cerro Puntudo, Cerro Colorado, La Aguada, Intihuasi y Casa Pintada: con abundantes signos figurativos naturalistas y figuras humanas con detalles.
- La Playa, La Playa (Punilla), Suana, Copacabana, cerro San José y agua de la Piona: con fuerte esquematismo en los signos figurativos.

Antonio Serrano, en su obra *Los Comechingones* de 1945, sobre las poblaciones aborígenes de la provincia de Córdoba señalaba la presencia de petroglifos y pictografías en las paredes de cuevas y abrigos rocosos de la serranía. Y definía:

“Se entiende por arte rupestre toda manifestación de carácter artístico, ideológico o no, hecho sobre rocas.” (Serrano, 1945: 122).

Advertía también que en la provincia de Córdoba se encuentran más pictografías que petroglifos y que, en la realización de las pinturas rupestres, se emplearon los colores blanco, negro y rojo:

“El blanco posiblemente a base de kaolín, el negro a base de negro de humo y de bióxido de manganeso y el rojo con tierras ocráceas. Todos estos elementos colorantes se mezclarían con grasas y sin duda se aplicaban con plumas y aun con pequeñas espátulas.” (Serrano, 1945: 123).

Por otra parte, define a las pinturas rupestres que observa como naturalistas y escenográficas, mientras que los petroglifos serían más esquemáticos. En su descripción de los signos indígenas señala la presencia de *figuras humanas*, diferenciadas entre (*sensu* Serrano 1945): *flecheros emplumados*, se los encuentra en Cerro Colorado generalmente integrados en escenas de caza no así de guerra. Son figuras siluetas realizadas en blanco o en negro; *figuras en cadena*, representaciones humanas de frente, en forma de cadena y unidos por las manos, en las escenas no habría evidencia de guerra o batalla, se las ve en Cerro Colorado; *figuras de frente*, son frecuentes en las pinturas rupestres de la provincia de Córdoba, integrando escenas o aisladas junto a signos ideográficos. Serrano determina aquí tres grupos: descriptivas, siluetas, desnaturalizadas (Serrano, 1945: 131-132); *figuras de españoles*, presentes también en el Cerro Colorado, se representaron soldados españoles a caballo, de perfil.

En el caso de las *figuras animales*, Serrano señala que, los más representados son los camélidos, llamas o guanacos. En cuanto a las *figuras circulares*, éstas aparecen con frecuencia en las pinturas rupestres de Córdoba, aisladas o en conjuntos. Se las suele llamar *soles* o *lunas*.

Serrano establece como zonas de arte rupestre en la provincia de Córdoba el área de Cerro Colorado, ubicado en la característica región habitada por población sanavirona (Serrano 1945:137). Las figuras de cazadores emplumados, figuras humanas en cadena y el felino realizado con puntos serían los motivos más representativos allí. Por otro lado, el área noroeste, con figuras humanas frontales, descriptivas y dibujos escalonados. Se lo vincula al arte rupestre de La Rioja y sur de Santiago del Estero.

En las sierras del sur del cordón de Sierras Centrales, Hebe D. Gay fue quien realizó el primer trabajo sobre las pinturas rupestres del Cerro Intihuasi. En una investigación realizada con el auspicio del Museo de Ciencias Naturales de Córdoba, en base a informes otorgados a la autora por Aníbal Montes, Gay hizo su investigación en la Pedanía Achiras, departamento de Río Cuarto (Gay 1958: 4). Allí la autora señala ya la importancia en la región del granito en el paisaje circundante. Trabajó los sitios con arte rupestre dispuestos en la ladera SW del cerro, próximos a la cumbre:

“Tenemos desde allí una vista panorámica de la región limitada por las Sierras Grandes, en sentido opuesto se divisan de Este a Oeste los cerros: Sampacho, Suco, Aspero, Divisadero y Blanco.” (Gay 1958: 4).

En relación al arte rupestre la autora señala que se encuentran en Cerro Intihuasi diferentes motivos posibles de ser agrupados en (*sensu* Gay 1958) *geométricos, diagramas, signos indescifrables, figuras humanas y, las más abundantes, figuras animales*. Entre estas fueron representados guanacos y avestruces con posiciones diversas, parados, saltando, corriendo, con las

alas levantadas. El color empleado en su mayoría fue el blanco, en base a sustancias calcáreas y el rojo.

Sobre la técnica utilizada, los dibujos son naturalistas y rudimentarios, todas ellas siluetas. Al referirse al sitio denominado Casa Pintada, la autora lo describe del siguiente modo:

“...se encuentra un gran friso de cinco metros de largo por un metro de alto aproximadamente; en el medio y en la parte más alta hay un sol (...) podría no serlo, debajo están distribuidos una serie de animales, mas de cien. (...) vemos una fila de guanacos que conservan una casi perfecta horizontalidad, avestruces en hilera y delante de ellas dos cazadores con arco...” (Gay 1958: 8).

Gay se refiere también al color de la roca soporte como elemento incidente en la percepción de las pinturas (*sensu* Gay 1958); de igual modo advierte sobre la natural protección que la disposición de los abrigos rocosos graníticos ofrecen a las pinturas, facilitando su conservación. Finalmente advierte que las figuras humanas son todas representaciones de aborígenes, rudimentarias y sin referencia a vestimenta. Mientras que las figuras animales presentan gran realismo y movimiento (Gay 1958: 8-9).

Desde finales de la década de 1980, Ana María Rocchietti es quien ha realizado el trabajo más exhaustivo de relevamiento, registro y publicación del arte rupestre del Sur de la Sierra de Comechingones (Rocchietti 1988, 1990, 1991, 1999a, 2003, 2009). La autora señala que el ambiente granítico de Comechingones Sur genera dos tipos de geoformas (*sensu* Rocchietti 2009): bochas redondeadas, erosionadas en su interior; y *aleros*, abrigos rocosos con uno o varios ambientes interiores.

El arte rupestre, entendido como una formación arqueológica (*sensu* Rocchietti 2002), es una distribución material de pigmentos sobre una

superficie, de marcas sobre rocas y de determinados soportes que permiten ordenar los datos. En este sentido, algunos criterios posibles para analizar la *región rupestre* (*sensu* Rocchietti 2002) serían:

- *situación gráfica*; combinación de escenografía, escena y textura rupestre.
- *sistema de signos*; representaciones realizadas.
- *organización discursiva*; temas expresados en los dibujos;
- *escala gráfica*; inventario de signos, colores y variaciones en la representación de los signos;
- *escala ambiental*; características del ambiente;
- *escala espacial*; localización de los sitios;
- *escala técnica*; recursos empleados (Rocchietti 2002: 67).

Es una perspectiva según la cual las posibilidades de estudio de los sitios con arte rupestre no se agotan en los paneles gráficos o los signos, sino que se extiende para abarcar también su litología, cubierta vegetal, condiciones de humedad y ventosidad, entorno físico y luminosidad, es decir el *paisaje rupestre*:

“Una región rupestre no sería sino un régimen de imágenes dispersas en un paisaje cuya clave de reconocimiento estaría en las similitudes fundamentales entre los sitios y, también, en la variación “de fondo” entre ellos. Una región rupestre se constituye en la combinación de ambiente ecológico, geomorfológico, de paisaje rupestre (...) por el sistema de expresión y sentido concretado históricamente por una comunidad de lenguaje” (Rocchietti 2002: 68).

Una particularidad de las investigaciones en el área del arte rupestre que propone Rocchietti es la importancia del ambiente en el registro de sitios con arte prehistórico y en el diseño de políticas a ellos vinculadas. Un sitio rupestre (*sensu* Rocchietti 2002), sostiene, es producto de la

relación compleja entre distintas dimensiones (Rocchietti 2003): una *dimensión semiótica*, dada por los signos rupestres; y otra *dimensión no semiótica*, establecida por la geomorfología de las cuevas, aleros, bloques de roca.

Así, características del soporte y emplazamiento definen lo fundamental del sitio. El ambiente es el conjunto de entidades y procesos que actúan sobre los sitios. También inciden las acciones humanas, actuales e históricas, como por ejemplo el uso de la tierra. La autora distingue entre ambiente total y ambiente litológico (*sensu* Rocchietti 2003).

El *ambiente total* está compuesto por los ecosistemas locales, regionales, la demografía, el tipo de economía, la organización social, los derivados del trabajo, la cultura. A su vez, luz, temperatura, agua, salinidad, tipo de suelos, plantas, animales y personas son aquí los componentes básicos, las condiciones ambientales básicas. Ellas permiten, en un proceso de investigación, explorar aspectos relativos al emplazamiento, la roca base, la distribución de especies, niveles de contaminación, transformación de los sitios en el tiempo por actividad socio-económica, por procesos medio ambientales (Rocchietti 2003: 1-2).

Por su parte, el *ambiente litológico* está constituido por roca y minerales, topografía y geoformas típicas. Esto le otorga la especificidad de las rocas, en las formas geométricas, dureza de los soportes, formas de las oquedades, tonalidad, tamaño y formación de las diaclasas, etc.

Luego la autora sugiere como criterios para usar en el vínculo entre sitios rupestres y sus entornos o *vecindades*, físicas o humanas, todo aquello próximo a los sitios como la continuidad entre el sitio rupestre y el ambiente, la invasión del ambiente sobre el sitio (de pastizal, animales,

trabajo rural), la intervención del ambiente, el daño, la protección ambiental (Rocchietti 2003: 3). Sobre las políticas de sitio a implementar señala el estudio del sitio rupestre, el diagnóstico de integridad y el pronóstico de riesgos.

Las Sierras de Comechingones poseen un *paisaje rupestre* (*sensu* Rocchietti 2009) distinguible en tres ámbitos: paisaje serrano, paisaje pedemontano, paisaje de llanura pampeana. Los sitios rupestres se localizan en un ambiente litológico granítico diferenciable por su mineralogía y estructura cristalográfica en Batolito Alpa Corral, Granito Cerro Intihuasi y Granito Los Nogales (Fagiano *et al* 1995).

En este ambiente, se encuentra una particular *arquitectura del sitio rupestre* (*sensu* Rocchietti 2003), definida como:

“...su forma general establecida por la relación entre paredes, techos y pisos, a los espacios delimitados en su interior y al lugar de emplazamiento del arte rupestre.” (Rocchietti 2003:5).

En ella se involucran diferentes aspectos, a saber la interacción de la luz con la roca y con las pinturas rupestres por espacios de sombra, de penumbra, de luz plena, etc.; la iluminación; y la temperatura. Por efectos de la radiación la roca se expande, amplificando las micro-fracturas, incidiendo en el proceso de transformación de sitio. A su vez, la presencia de luz transforma el ambiente rupestre por el crecimiento de la biota vegetal y animal dentro de los aleros y diferencias en la percepción de los diseños rupestres. De este modo, sostiene Rocchietti, luz y arquitectura diseñan escenografías diferentes, particular y general (Rocchietti *et al* 1999a).

La región limitada por la Sierra del Portezuelo, San Luis, y los Cerros Intihuasi y Suco, Córdoba, Rocchietti propone considerarla un *área espacial restringida* (*sensu* Rocchietti 2002), a partir de sus dimensiones geográficas. Para ello estima dos planos de análisis, a saber: propiedades formales y organización discursiva. Para la autora, el estilo de diseño en el arte rupestre de la pedanía determina una *diferencia específica* dada por espacialidad geográfica, temporalidad, código y propiedades visuales.

La autora determino tres *modalidades de estilo* (*sensu* Rocchietti 1991) para la región, con especificidad espacial para el arte rupestre (Rocchietti 1991: 25):

- o Cuatro Vientos Achiras
- o Suco
- o India Muerta

Las principales características de cada una estas *modalidades*, entendidas como agrupamientos por afinidad visual, organizativa y semántica, donde es posible establecer conjuntos (Rocchietti 1990: 134), son:

- o Cuatro Vientos Achiras.

Su condición más notable es la presencia de poligonales abiertas y cerradas y signos que representan camélidos, rhéidos, antropomorfos. Por otra parte se destacan las orientaciones ambientales únicas junto a orientaciones retinianas múltiples; varios grupos gestálticos; el uso de planos cóncavos y alabeados y escasa presencia de superposiciones en los diseños realizados. Las escenas son narrativas, de caza o captura y los motivos más representados son las *poligonales de clausura* (*sensu* Rocchietti 1990). Entre los factores de diseño se advierte que el espacio gráfico fue empleado siguiendo un orden en la dirección de los dibujos.

o Suco.

Se trata aquí de un petroglifo con tres orientaciones retinianas dispuestas en una orientación ambiental, donde se usa el espacio en todas sus direcciones. No presenta superposiciones. Las figuras son motivos indiciales: huellas de pies y manos humanos; de camélidos, felinos, puntos en constelación y surcos continuos, poligonales abiertas y cerradas. La autora describe la escena como carente de producción dramática (por oposición a la modalidad Cuatro Vientos-Achiras); las poligonales fueron realizadas como líneas de puntos (Rocchietti 1991: 26). El petroglifo de Cerro Suco es inédito en relación al resto de los sitios con arte rupestre de la región, donde se establecieron como localidades arqueológicas (Rocchietti 1988: 182). La especificidad de su diseño, señala Rocchietti, en relación al resto en la región estaría dada por la ausencia de dramatismo en su composición; en Cerro Intihuasi y en Achiras se dan escenas de caza y de captura.

o India Muerta

Presenta las poligonales cerradas como elementos más destacados. Fueron realizadas en colores rojo oscuro, rojo ladrillo, ocre y blanco. El espacio se uso particularmente; los diseños se disponen en las hornacinas del granito. Muestra muchas superposiciones en un mismo sitio.

El sitio El Ojito, cuyo arte rupestre posee características propias de la Modalidad Cuatro Vientos Achiras (*sensu* Rocchietti 1991). En él se pintaron camélidos en ordenamiento lineal y sucesivo, siguiendo un orden por especies; y una escena figurativa con animales y una poligonal cerrada con división interna. Los dibujos se hicieron en color blanco.

Se encuentra en la localidad de Achiras, en la margen derecha del arroyo frente al balneario de la localidad, a 865 msnm. El sitio se constituye en un ejemplo del complejo *ceramolítico* (*sensu* Austral y Rocchietti 2002), con fechados radio-carbónicos obtenidos en excavación posicional que dan cuenta de una expansión temporal de 3000 años, aunque no pueda establecerse correlación directa entre ellos y los diseños rupestres. Muestra un *área de domesticidad*; en la pedanía hay otros sitios que evidencian *áreas de taller* (*sensu* Rocchietti 1994). Para el análisis del arte rupestre del sitio, Rocchietti organiza la observación siguiendo los protocolos de registro creados para las investigaciones en el área por la autora.

El sitio fue registrado en las cuatro estaciones del año con el objetivo de ver la variación en la observación del diseño entre cada momento del registro según sus condiciones de luz natural; variación diurna; variación estacional; y percepción del observador (Rocchietti 1994: 2-3).

La variabilidad es un factor metodológico clave a tener en cuenta en el registro de arte rupestre por su incidencia en la percepción del diseño (*sensu* Rocchietti 1994). Para Rocchietti (1990) hay distintos momentos y pasos en el estudio del arte rupestre: diseño/ejecución; deterioro por acción de factores ambientales; recuperación arqueológica; divulgación. Y sostiene:

“El arte prehistórico desafía la lógica del espectador (...) porque construye una dialéctica entre lo que se ve, lo que no se ve y lo que se cree ver.” (Rocchietti 1990: 134).

La autora da una serie de propuestas conceptuales para analizar el arte rupestre del Departamento Rio Cuarto, en el Sur de la Sierras de

Comechingones. A saber, los diseños son abordados en su totalidad, en el panel completo, no en cuanto integrantes de una serie tipológica y sostiene:

“...el diseño indígena configura un contexto de actualización para un “diseño virtual” más amplio, que es el estilo mismo. Cada pictografía, entonces, funciona en una situación determinada (aquella en que el mundo vivo de la sociedad productora estaba dotada de sentido) y surge por una combinación de unidades visuales (“signo imágenes”) equivalentes a unidades de léxico de un código global” (Rocchietti 1990: 136).

El contexto de la Modalidad de Estilo Cuatro Vientos-Achiras daría como elementos semánticos a considerar la agrupación de camélidos con camélidos como forma de orden del mundo real; la representación de hombres en actitud de caza; felinos irrumpiendo conjuntos de camélidos; y poligonales de clausura.

Los signos, a su vez, pueden separarse en tres formas de significación (*sensu* Rocchietti 1990): *icónicos*, reproducción de hombres y animales; *indiciales*, aquellas que señalan la parte por el todo como sugerencia de la totalidad, por ejemplo las pisadas; *simbólicos*, representaciones indescifrables, por ejemplo las poligonales.

Por otra parte, se los puede caracterizar según su *autonomía*, aquellos diseños que comunican por sí mismos, ejemplo: figuras de hombres, de animales; *funcionalidad*, cuando los diseños se perciben en relación a otros signos, ejemplo: los felinos en escenas de camélidos; *subordinación*, es el caso de los signos que dependen de otros por tamaño, color o bien su ubicación en el espacio gráfico. La representación de los felinos aparece como autónoma y funcional.

En relación al *estilo* la autora sostiene que la afinidad estructural, formal más la organización discursiva permite agrupar los sitios arqueológicos con arte rupestre bajo un mismo código (*sensu* Rocchietti 1991). Además de ello, los sitios de la Pedanía Achiras presentan *especificidad espacial* dada por la distribución geográfica de los mismos que permiten ser agrupados en las tres modalidades mencionadas. Por otra parte, la especificidad temporal se establece a partir de la cercanía de código con sitios de áreas vecinas; y la antigüedad establecida estimativamente según propiedades estructurales y organizativas del discurso sumado a la referencia contextual arqueológica.

En este sentido, siguiendo lo establecido para el *Ceramolítico Piedra del Aguila* (*sensu* Austral 1971, Rocchietti 1988), complejo cazador-recolector de economía ecléctica (Rocchietti 1988: 182), Cuatro Vientos-Achiras presenta una expansión temporal entre la era y el 1200 DC. Rocchietti señala que la referencia estratigráfica está dada aquí con la Gruta Intihuasi, de San Luis, Nivel I (González 1960). A su vez, India Muerta puede asociarse con sitios de Lihuel Calel (*sensu* Rocchietti 1988), en la provincia de La Pampa (Schobinger y Gradín 1989). Mientras que Suco puede conectarse con Río Quinto I, según afinidad de diseño y ubicación geográfica (Consens 1985); así también como con sitios de Patagonia: Laguna del Faldeo Verde, en la provincia de Santa Cruz; Piedra de las Marcas del Cerro Morado de Ñorquín, provincia de Neuquén (Schobinger y Gradín 1989).

Rocchietti discrepa con Berberían y Nielsen en su trabajo de 1985, donde sostienen que las pinturas de Cerro Intihuasi, Departamento Rio Cuarto, son de *tipo realista de silueta* al igual que las de Cerro Colorado,

Máscaras y Cerro Puntudo al norte de la provincia de Córdoba. La autora entiende que son diferentes en la manera de realizar las figuras humanas y sostiene:

“...las de Cerro Intihuasi (...) son esbozos dinámicos pero indeterminados, de perfil y con el signo de la captura en las manos (arco)”. (Rocchietti 1990: 138).

Por otra parte, el diseño de los camélidos en las pinturas rupestres del sur de la Sierras de Comechingones carece del detalle de extremidades, orejas y preñez como ocurre en los sitios del norte de la provincia. Así marca ciertas afinidades de diseño con sitios de Conlara y Arroyo del Barro, en la provincia de San Luis, trabajados por Consens en 1985.

La presencia de motivos rupestres en las paredes de los aleros y bochas graníticas del Cerro Intihuasi y la importancia de éste en cuanto localidad arqueológica de envergadura en el Sur de la Sierra de Comechingones, dan cuenta de la destacada población aborígen en la región.

Nuestra investigación avanza en el registro y análisis de sitios rupestres de Cerro Intihuasi, Pedanía Achiras, Departamento de Rio Cuarto, en el tramo sur de la Sierra de Comechingones, atendiendo, entre otras variables de análisis diseñadas por Rocchietti (1991,2003) para el área, las características geomorfológicas del soporte, los motivos pintados, su variabilidad de percepción por efectos de la roca base y las condiciones ambientales (Gili 1995, 1997a, 1997b, 1997c, 1998, 1999a, 1999b, 2000, 2001, 2002, 2003). Allí encontramos sitios con pinturas rupestres con motivos figurativos y no figurativos. Hemos registrado figuras animales (camélidos, réhidos, felinos), humanas y geométricas; éstas últimas se presentan en forma de poligonales abiertas y cerradas que destacan en el

conjunto general de motivos por cantidad y ejecución, particularizada para cada una de ellas, lo cual significa que no se repiten en formas y modo de diseño; sin embargo, son universales, en tanto casi todos los paneles gráficos las contienen. Los motivos fueron pintados en tonalidades de rojo, ocre, blanco y negro y, solo en dos sitios, raspados.

Finalmente, en nuestro trabajo entendemos que los problemas patrimoniales que presenta la localidad arqueológica Cerro Intihuasi, se inscriben en el ámbito de las discusiones éticas que la práctica arqueológica afronta en las últimas décadas (Gili 2004, 2007). El valor patrimonial cultural y natural de los sitios arqueológicos con arte rupestre en su condición de recursos no renovables, implica cada vez más asumir actitudes éticas por parte de quienes se relacionan a los mismos, es decir entidades públicas, privadas y académicas.

4.1.4. Arqueología de Sierras Centrales

En el límite entre el Pleistoceno y el Holoceno, se inicia el ingreso de grupos humanos al actual territorio provincial en Córdoba siguiendo el curso de los ríos Carcarañá y Tercero, por la llanura. Los valles de estos cursos de agua habrían sido los probables pasos utilizados, según la lógica del menor costo y la mayor oferta de recursos (*sensu* Laguens *et al* 2007). El río Cuarto o Cochancharava, tal vez haya sido otra de las vías utilizadas aunque, según datos geológicos, aun no confluía con los dos anteriores

para el periodo 9000 al 3500 AP. La información arqueológica que ayuda a sostener este planteo se encuentra en sitios ubicados entre los 300 y 700 msnm en el piedemonte oriental de las sierras, en la llanura de Miramar y al pie de las Sierras de Córdoba. Son los sitios trabajados por Ameghino, en 1885; Castellanos, en 1943; Montes, en 1960; Nores y D'Andrea, en 1997 (Laguens *et al* 2007: 122). En ellos hay información arqueológica diversa, con manufacturas ambiguas y asociaciones faunísticas del límite pleistoceno/holoceno; habrían sido sitios de ocupación temporaria y corta.

La tecnología Ayampitín y las puntas lanceoladas a ella asociada de la Gruta Intihuasi, en San Luis, y Pampa de Olaen, en Córdoba, permitió a Alberto Rex González (1960) elaborar un modelo según el cual el área sería parte de un horizonte pan-andino de poblamiento. Con este argumento se sostuvo, durante mucho tiempo, que el poblamiento de la región central en el actual territorio de la República Argentina, se habría dado por vía andina. Estudios recientes (*sensu* Laguens *et al* 2007) señalan que hay elementos para sostener la independencia de desarrollos locales de la tecnología Ayampitín, con alta variación morfológica, diversos contextos de hallazgo y desplazamiento de grupos humanos de cazadores-recolectores y de animales que circulaban siguiendo las cuencas de los ríos de la llanura: Carcarañá, Tercero y Salado, en dirección sureste - noroeste.

El sector central de las sierras de Córdoba está integrado por los valles ubicados en sendos márgenes del cordón de las Sierras Grandes, por lo piedemontes del este (Sierras Chicas) y del oeste (Sierras de Pocho y de Atatuina), (*sensu* Pastor *et al* 2007). El área se destaca también por la presencia de altiplanicies cubiertas de pastizal: Pampa de Achala (2200

msnm), Pampa de San Luis (1900 msnm) y Pampa de Olaén (1100 msnm) (Berberían *et al* 2001).

En los estudios realizados sobre las poblaciones aborígenes que habitaron el territorio de la provincia de Córdoba, se reconocen dos grandes etapas (*sensu* Pastor *et al* 2007). Una de ellas, en las décadas de 1950 y 1960, momentos en que se establecieron los criterios para el esquema básico de la secuencia prehispánica regional. Allí se destacan las investigaciones de Alberto Rex González, en 1949, 1952 y 1960; de Alberto Marcellino, en 1967; Osvaldo Menghin y A.R. González, en 1954 (Pastor *et al* 2007). Con estas publicaciones se logra dar profundidad histórica a la presencia de sociedades indígenas en la región. Se superaba así, el argumento de autores anteriores, el más destacado, Antonio Serrano (1945), que presentaba la etapa agroalfarera en base a fuentes coloniales, con una expansión temporal entre el 500 al 1000 DC. Más tarde, entre 1980 y 1990, se observa un segundo momento en los estudios arqueológicos y etnohistóricos en la región, con trabajos preocupados por el establecimiento de formas de economía, movilidad o tecnología.

Los registros de grupos cazadores recolectores en Sierras Centrales se corresponden con campamentos base localizados en las áreas deprimidas de la región serrana, entre los 900 a 1000 msnm y el sector elevado de las sierras (Menghin y González 1954; Laguens 1999, Laguens *et al* 2006, Berberían *et al* 2001). Mientras que los grupos productores ocuparon tanto los sectores deprimidos como los elevados de las sierras. Aunque se registra la presencia de asentamientos aldeanos por debajo de los 1000 msnm y en las alturas de la serranía se encuentran sitios vinculados a

actividades precisas, por ejemplo la obtención de recursos faunísticos (Roldan et al 2005: 278).

Fechados radiocarbónicos permitieron establecer, para el *Periodo Prehispánico Tardío*, en el cordón central de las Sierras de Córdoba, una expansión temporal entre el 900 y el 1573 DC, y para el periodo inicial de la conquista europea, del 1573 al 1620 DC (*sensu* Pastor et al 2007: 32). La información arqueológica indica cambios notorios en la organización de las comunidades nativas serranas, con introducción de prácticas agrícolas y la generalización en el uso de la cerámica como nuevas actividades. Procesos claramente interrumpidos en el año de la fundación de la ciudad de Córdoba, 1573, por los conquistadores españoles.

La evidencia arqueológica de los sitios del periodo tardío corresponde a *sitios al aire libre*, articulados con cursos de agua y tierras cultivables (*sensu* Berberían et al 2001, Pastor et al 2007). Allí se encontraron útiles líticos, instrumentos de molienda, fragmentos cerámicos, restos de caseríos con muy poca visibilidad de su arquitectura de las denominadas viviendas *semi-subterráneas* o *casas-pozos*, citadas en los estudios de González, en 1943; Grils, en 1951; Serrano, en 1945; Berberían, en 1984; Berberían et al, en 1983 (Pastor et al 2007: 33).

En un trabajo sobre investigaciones realizadas en el sitio Potrero de Garay, Valle de Los Reartes, Provincia de Córdoba (*sensu* Berberían, 1984, Berberían et al 2001), se logró evidenciar con registro arqueológico una entidad sociocultural del periodo tardío además de aportar los datos más claros sobre las *casas-pozo*. Los materiales arqueológicos de Potrero de Garay manifiestan identidad tecnológica y estilística, perceptible en otros sitios del sector central de las Sierras de Córdoba (Berberían 1984, Pastor et

al 2007: 34). Allí se evidencian prácticas de producción, almacenamiento y consumo particulares al periodo prehispánico tardío, así también como formas de enterramiento propias, dentro de las unidades habitacionales.

Los documentos coloniales del inicio del proceso conquistador también dieron cuenta de las viviendas *semi-subterráneas*; así por ejemplo en las Relaciones Anónimas y crónicas de Pedro Cieza de León del Archivo Histórico de Córdoba (Roldan *et al* 2005).

La región fue definida, en términos arqueológicos, como integrante del noroeste argentino (*sensu* Berberían 1984). Así lo señalaron Outes, F., en 1911 y Palavecino, E., en 1948. Alberto Rex González, en 1952, fue el primero en separarla geográfica y culturalmente del noroeste. Los restos culturales más antiguos encontrados en el territorio provincial han sido denominados Paleoindígena o Preagrícola; Florentino Ameghino, en 1885, así lo estableció a partir de dos sitios: Pampa de Olaén, en Córdoba, e Intihuasi, en San Luis. Más tarde, Alberto Rex González, lo señaló con fechado radiocarbónico en 8000 A.P.

En 1940 Aníbal Montes y Alberto Rex González, en Pampa de Olaén, Córdoba, encontraron el sitio Ayampitín con puntas de proyectil lanceoladas. En 1954, A.R. González y Osvaldo Menghin publicaron un trabajo donde establecían distintas cronologías a partir de investigaciones en Ongamira; allí no se hallaron puntas Ayampitín (Berberían 1984: 73). Ongamira demostraba que había sociedades cazadoras, sin agricultura ni alfarería, previas a la conquista europea en Sierras Centrales.

En 1951, Alberto Rex González trabaja en la Gruta de Intihuasi, San Luis, constatando allí varios períodos ocupacionales. Los fechados radiocarbónicos del Nivel IV de Intihuasi dieron 7970 ± 100 y 8068 ± 95 AP

para Ayampitín (*sensu* González 1960: 198) y de 4600 AC, para Ongamira (*sensu* González y Lagiglia 1973). Los trabajos en Ayampitín, Ongamira e Intihuasi permitieron establecer un esquema de desarrollo local para sociedades cazadoras y recolectoras pre-agrícolas (Berberían 1984: 74).

Berberían sostiene que para la etapa agroalfarera, las perspectivas de análisis en Sierras Centrales son más confusas. En el sitio Potrero de Garay, sobre una muestra de restos óseos humanos, se determinó por radiocarbono una antigüedad de 310 ± 75 AP (*sensu* Berberían 1984). Siguiendo fuentes etnohistóricas, se pudo inferir que en Potrero de Garay la base de la economía del poblado era la agricultura junto a la caza y recolección. En excavación arqueológica solo se halló evidencia de azuelas para la roturación del terreno, no así evidencia de restos de cultivo (Berberían 1984: 90-99).

Los estudios etnohistóricos sobre Potrero de Garay, en base a documentos del Archivo Histórico de Córdoba, se corresponden a los inicios del proceso colonizador en la provincia (*sensu* Bixio 1983, 1984). Las fuentes consultadas fueron Relaciones Anónimas y Pedro Cieza de León.

En una síntesis de la arqueología regional para el sur de la Sierra de Comechingones, en el sector comprendido entre Río Cuarto y Chaján, Rocchietti y Austral registraron 130 sitios (*sensu* Austral y Rocchietti 2002, 2004), distribuidos en tres grandes ambientes o unidades geomorfológicas: la Sierra de Comechingones, los valles intermontanos y la pampa hundida. Las principales características del registro arqueológico de sitios bajo alero, sitios al aire libre, sitios con arte rupestre y *arqueología de Frontera* se establecen tres categorías:

- arqueología *ceramolítica* prehispánica;

- arqueología del arte rupestre;
- arqueología de la *Frontera del Sur*.

La denominación *Ceramolítico* fue establecida por Austral (1971) para sitios de La Pampa, luego aplicada en contexto del sur de la Sierra de Comechingones; es la manera de reconocer una formación arqueología regional, con una expansión temporal de 2000 años AP, sobre un paisaje dado en dos unidades: la Sierra de Comechingones y la llanura pampeana (*sensu* Austral y Rocchietti 1995, 2002, 2004):

“...esta formación (*ceramolítico*) puede ser descripta como de yacimientos monocomponentes, con una muy abundante distribución de talla y desechos, un bajo nivel de formatización general de artefactos, predominio de útiles para raspar, baja o nula fracción ósea, nula o baja fracción cerámica (...) presencia de instrumental de molienda y puntas de proyectil con modulo constante (de tamaño pequeño).” (Austral y Rocchietti 2004: 101).

La región fue delimitada en cinco secciones en función del espacio geográfico abarcado. Cada una de ellas posee un importante número de sitios arqueológicos y refieren a accidentes toponímicos reconocidos por los pobladores del lugar:

- Cipión. Es un arroyo que bordea por el norte al Cerro Intihuasi y, en confluencia con el arroyo La Barranquita, forma el Santa Calina;
- India Muerta. Se ubica a 1000 msnm, por el oeste y noroeste de la población de Achiras, hacia la sierra.
- Los Nogales. Antigua posta colonial ubicada en las proximidades de la primera localización del pueblo de Achiras.
- Achiras - Piedra del Águila. Pueblo rural y turístico, muy visitado por los lugareños.

- Suco. Cerro de ortocuarcita rosada que se destaca en un contexto de llanura pampeana.

Entre las evidencias arqueológicas, se diferencian las siguientes categorías (*sensu* Austral y Rocchietti 2004): morteros fijos en fondos de arroyos, talleres líticos a cielo abierto, talleres bajo aleros de roca o en las proximidades, contextos con desechos de talla, núcleos, raspadores con distintos niveles de formatización, pequeños raspadores de ópalo, calcedonia o cuarzo, puntas de proyectil triangulares o apedunculadas de cuarzo o calcedonia, cerámica lisa o con incisiones decorativas, morteros fijos en aleros, manos y fragmentos de manos de moler, lascas y esquirlas de cuarzo en abundante cantidad (Austral y Rocchietti 2004: 101). La secuencia temporal del *ceramolítico* puede establecerse del siguiente modo:

- Entre los inicios de la era cristiana y el 500 DC: *ceramolítico cazador-recolector* en ambiente de monte espinoso;
- Entre el 500 DC y el 1573 DC, año de la fundación de la ciudad de Córdoba: *ceramolítico agricultor u horticultor*, en ambiente de cañadas con pastizal en pequeñas planicies (Austral y Rocchietti 2004: 111).

Los fechados radiocarbónicos obtenidos en excavación posicional (*sensu* Austral y Rocchietti 2002, 2004) testimonian una expansión temporal de 3000 años. Las muestras obtenidas provienen de sitios con arte rupestre, a excepción de Chañar de Tío. Y son los siguientes³:

- LP 1726 El Zaino 2, La Barranquita. Cba. (huesos humanos)

Edad radiocarbónica convencional: 2840 ± 70 años AP.

³ Gentileza de Antonio Austral y Ana María Rocchietti Proyecto Arqueología de Sierra de Comechingones Sur (SECYT, Universidad Nacional de Río Cuarto).

Edad calibrada 1 sigma 2789 - 2958 cal AP

2 sigma 2752 - 3077 cal AP

- LP 280 Piedra del Águila Sitio 8 (huesos indeterminados)

Edad radiocarbónica convencional 1900 ± 100 AP

Sin calibrar

- LP 426 Alero 1 del Abra Chica, Cerro Inti Huasi (carbón vegetal 0,25 a 0,30 m prof. desde sup).

Edad radiocarbónica convencional: 1750 ± 110 años AP.

Edad calibrada 1 sigma 1418 - 1466 cal AP

1492 - 1497 cal AP

1509 - 1725 cal AP

Edad calibrada 2 sigma 1373 - 1835 cal AP

1840 - 1865 cal AP

- LP 304 Chañar de Tío, Achiras, Cba. (epífisis de hueso largo indet.).

Edad radiocarbónica convencional: 1500 ± 120 años AP

Edad calibrada 1 sigma 1268 - 1445 cal AP

1456 - 1516 cal AP

Edad calibrada 2 sigma 1078 - 1573 cal AP

1580 - 1604 cal AP.

- LP 366 Inti Huasi IW5, sondeo 2 (carbón vegetal a 0,40 - 0,50 m de Prof. Desde superficie).

Edad radiocarbónica convencional: 780 ± 100 años AP

Edad calibrada 1 sigma 563 - 602 cal AP

628 - 745 cal AP

Edad calibrada 2 sigma 563 - 818 cal AP

834 - 836 cal AP

865 - 904 cal AP

15 Los fechados fueron realizados en el Laboratorio de Litio y Radiocarbono, LATYR, Universidad Nacional de La Plata.

- LP 1615 Chorro de Borja, Pedanía Achiras, Sierra de Comechingones, Cba. (huesos fragmentados).

Edad radiocarbónica convencional: 570 ± 110 años AP.

Edad calibrada 1 sigma 541 - 674 cal AP

2 sigma 505 - 785 cal AP.

En síntesis, Austral y Rocchietti sostienen que el sur de la provincia de Córdoba ocupa un espacio marginal en el poblamiento indígena prehistórico en relación al Gran Noroeste y la pampa argentina. Los sitios arqueológicos hallados en el ecotono serrano pampeano, entre las localidades de Alpa Corral, por el norte del área, y Chaján, por el sur, dan cuenta del denominado *Ceramolítico Piedra del Águila*, cuyo último tramo corresponde al *ceramolítico* (*sensu* Austral 1971, Austral y Rocchietti 1995). La baja fracción en la serie alfarera y faunística sería un elemento para diferenciar la arqueología del Sur de Comechingones de la arqueología indígena del norte de la provincia de Córdoba.